

* * *

Si yo fuese uno de esos hombres sublimes, David, mi cuerpo, creado para ser víctima del dolor, bajo tu influencia creadora renacería para vivir eternamente. Y en el remate de algún monumento o de algún teatro, coloso de bronce o de piedra, surgiría en lo alto de la ciudad como gigante centinela que la vigilase, ostentando una actitud eterna de genio y de majestad.

* *

Porque tú, cuando muere un héroe, sabes resucitarle, le sacas de la tumba para hacerle vivir perpetuamente. Rival de Ferrara y de Roma, das la vida al mármol frío de Carrara y al metal humeante, que en estatuas transformas. Los grandes hombres se tranquilizan en su sepulcro cuando tus manos poderosas, extrayéndolos del bloque o del molde encendido, los lanzan de pie en el mundo de la vida.

* * *

Sin ti, su grato recuerdo se perdería en el olvido; tú refrescas su gloria esculpiéndola sobre un pedestal; el fanal de la fama se perdería para el mundo, extinguiéndose, sin marcar en los mares ni el derrotero ni los escollos si tu soplo no reanimase su luz; tú, para evitar los abismos, levantas

el sublime coloso que en su mano ostenta el faro.

* *

Cuando a tu vista brilla el pensamiento en las facciones de un gran hombre, te apresuras a reproducirle en mármol, lo fijas, y los pueblos, contemplando la estatua, exclaman: —«Es él!» Pero antes de que pueda comprenderlo la multitud, vaga mucho tiempo por tu cerebro, como ola flameante en el fondo del volcán subterráneo, y antes de que salga a la luz del día la dejas que hierva por algún tiempo en tu alma.

* *

Llena nuestras ciudades de tus radiantes colosos, y multiplicate sin cesar entre tus semidioses. Convierte nuestras ciudades en Corintos; haz que el metal conserve tu sello, orgullo del granito. ¡Honor a la tierra que tú pisas! tu cabeza ardiente es un gran molde del que la idea sale tallada en bronce.

* * *

Bonaparte hubiera querido renacer gigantesco y marmóreo, trabajado por tus manos; Cromwell, su abuelo y su maestro, te hubiera entregado su frente sobrehumana; hubieras esculpido para España a Carlos V y a Carlomagno para Francia, po-

niendo un pie sobre la hidra de Alemania y el otro sobre las siete colinas de Roma; próximo a descender al sepulcro, César te hubiera confiado sus cenizas, y te hubiera elegido Alejandro para que le esculpieses en el monte Athos.

28 de julio de 1828.

IX

A M. DE LAMARTINE

Te referent fluctus.
HORACIO.

Hace poco la misma borrasca azotaba nuestros dos esquifes; las mismas espumosas olas nos lanzaban contra los mismos arrecifes; los mismos odios desbordados hinchaban el oleaje contra nuestras barquillas; y a la manera de Océano agitado, la multitud aullaba a nuestros pies.

* *

¿Qué iba a ser de mí en esa borrasca? ¿de mí, que apenas acababa de salir de la cuna, que vivía al aire libre y en la humilde obscuridad? ¿Por qué entregué al mar, que le rechaza, mi nido de musgo, en el que apenas penetraba la luz? ¿por qué entregué a las ráfagas mi hermoso vestido

nupcial, para que le desgarraran como una vela?

* *

¿Por qué en mis sueños delirantes, en mis ensueños de adolescente, me entusiasmaban los navegantes atrevidos, que, presintiendo un nuevo mundo, encaminaron a él sus pasos, cuya mirada se fijaba siempre en el cielo, cuya alma era la obstinada brújula, que busca siempre un polo desconocido?

* *

Esos gamas, de quienes nada es capaz de aplacar la ambición indomable, sabían que no conocíamos por completo la obra de la creación inmensa. Esos Colones que con sus poderosas manos, pesan la tierra y pesan el mar en la balanza de los cielos, y viendo que allá arriba rinde la suprema causa, conocen que falta algo para conseguir el equilibrio universal.

* *

En busca del contrapeso que le falta, navegan impertérritos para descubrir el complemento del globo. Parten, y se les complace teniéndolos por locos; las ondas los arrastran, y el universo olvida el viaje y a los viajeros... De repente salen de las profundidades del mar trayendo de él

un mundo, como el buzo sale después de haber encontrado una perla.

* *

Esto imaginaba yo también. Cuando arriesgué a los peligros del mar insensatamente mi navecilla, también yo buscaba un mundo. Pero apenas me alejé de la ribera, vi que en el salvaje Océano se iniciaba, en medio de un torbellino, la lucha que me desgarraba entre las velas del navío y las alas del aquilón.

* *

Durante el huracán sombrío entreví tu glorioso mástil, que más adelantado que el mío combatía en la obscuridad el austro furioso. En la desencadenada tempestad combatimos juntos; yo en mi barca, tú en tu bajel, como el hermano al lado de su hermano

* *

El austro bramaba en nuestras antenas, el oleaje saltaba por encima de nuestros puentes, nuestras banderolas se destrozaban no pudiendo resistir a la furia de los vientos, y las olas furiosas, como yeguas húmedas, se erguían y relinchaban lanzando espumarajos, y el relámpago, enrojeciendo el oleaje, prestaba melenas de llamas a esos corceles del mar.

* *

Nosotros, azotados por la tempestad, cantando en tono más alto que el huracán, admirábamos la belleza y la inmensidad del espumeante Océano. Mientras que se lanzaba en el abismo el rayo como serpiente de fuego, nosotros, audaces marineros, cantábamos, dejándole pasar sobre nuestras cabezas, y le veíamos, que, como el ave de las tempestades, bañaba sus alas en las olas.

* *

Cambiando nuestras señales y saludándonos con la voz, como dos golondrinas hermanas, queríamos entrambos a un mismo tiempo doblar el mismo promontorio, conseguir la misma victoria, sobrepasar al siglo encendido en cólera; intentábamos el mismo viaje, y veíamos surgir de la tempestad al mismo envidioso Adamastor.

* *

Muy pronto la obscuridad, cada vez más densa, o alguna corriente que te arrastró, me hizo perder de vista tu poderosa nave, cuya sombra flotaba cerca de mi barquichuelo. Quedé solo, continuó soplando el huracán, el tiempo obscuro y el viento contrario; la sombra me envolvió, aislándome, y si no conservara la brújula, no

tubiera sabido ya a dónde dirigirme.

* *

* *

En tan fatal sobresalto pasé las noches y los días, pensando en el país natal, en mi niñez y en mis amores. Si imploraba a las rugientes olas, las cavernas marítimas se abrían en el fondo de los mares; si invocaba al cielo, la tempestad, con más estrépito y con más rabia, sacudía su fajo de relámpagos.

* *

* *

Durante mucho tiempo, dejando que rugiesen los huracanes, te busqué, llamándote; por fin te veo brillar en el lejano horizonte. Pero no eres ya la nave por las airadas olas combatida, errante y sin rumbo, que soñaba ideales conquistas y que aventuraba en la furia de las borrascas un viaje misterioso.

* *

* *

Eres ahora un buque magnífico que mecen las ondas apacibles que en el Océano en calma entra por la parte de Oriente. Delante de sus velas va caminando deslumbradora estrella; jamás aparece sin que una esplendente aurora se levante detrás de ella

El cielo azul y el mar sereno le rodean por doquier; por sus mástiles y por su carena se sumerge en las dos inmensidades; sus velas parecen alas cuando el viento las hincha; corre, corre hacia la playa, y como el cisne que nada parece que haya de echar a volar, cuando así lo quiera,

El pueblo, al que se revela como una blanca aparición, le ve con entusiasmo y le aclama. La multitud inunda las playas para verle llegar al puerto, deseando su feliz arribo, y el viento propicio lleva hasta el navío el perfume de las flores de la tierra, como lleva hasta Dios el aroma del incienso y de la mirra.

Entra en el puerto, sublime navío; echa el áncora lejos de los escollos; oye la aclamación unánime con que la multitud te saluda; olvida los sufrimientos del viaje, el furor de las olas y la cólera del huracán; ponte al abrigo de los naufragios y riete de los vientos que agitan las cadenas del puerto.

* *

Regresas de tu América, después de encontrar el mundo. En medio del mar, con la fuerza de tu sople lírico, has abierto las puertas de otro mundo, has despertado un nuevo universo, una creación semejante a la que brilla a la luz del sol; has puesto al descubierto los astros infinitos que dan vueltas alrededor del alma.

* *

Puedes decir al que lo dude:—«Vengo de ese mundo y he cogido los frutos. Vuestra aurora no es la verdadera aurora, y vuestra noche no es la verdadera noche. Vuestro sol no es tan esplendoroso como aquél; la luz de aquel mundo brilla más que la vuestra; en aquel cielo aparece la faz de Dios, y yo he visto irradiar una cruz de estrellas, envuelta en sus nocturnos velos, como un lábaro eterno.»

* *

Les hablarás de aquella atombra de verdura, que han urdido las altas hierbas de sus desiertos, de los bosques en los que el céfiro esparce todas las semillas en los aires; de los grandes e impenetrables bosques; de los cabos, de donde vuelan las nubes como el incienso de los sagrados trípodos;

des; de sus frutas, dulces como la ambrosía, y de las minas de la poesía, cuyo oro depositas a sus pies.

* *

Podrás también hablarles, sin agotar por eso tu universo, de sus montes de ágata y de pórfido, de sus ríos inmensos como mares; de ese mundo recién nacido les describirás la asombrosa belleza; les hablarás de esa tierra virgen y fecunda para todos, de esa patria que a nadie rechaza, y tu voz inspirada y melodiosa las hará caer de rodillas.

* *

En lo sucesivo, en todos tus viajes al mundo que descubriste, la multitud irá a despedirte a las playas, y te rodeará como pueblo que se agrupa en torno de su rey. Millares de aclamaciones seguirán por mucho tiempo tu nave al patir, te desearán viento próspero, y después pensarán en ti hasta que vuelvan a sentarse en la playa para esperar tu regreso triunfal.

* *

Pero ya tu bajel duerma en el puerto, ya se entregue a los embates de las olas del mar, que gimean en los costados de mi barco, en tu serenidad sublime dirige una vez que otra las miradas hacia

el abismo, y distinguirás un punto negro en tu cielo límpido, y el lón debe compadecer a Lapeytorbellino sombrío y rápido que rouse. Eran uno y otro dos prehece estremecer a una pobre destinada.

Junio de 1830.

* *

Ese es el torbellino que desgarrar mi vela; es el huracán furioso que apaga toda estrella a medida que se atreve a mostrarse en el cielo. Es la tormenta que la arrastra, es la nube ardiente que me escarnece desde la atmósfera, y que, dando vueltas como una rueda, deja caer sobre mí popa las centellas del relámpago.

* *

Si distingues ese punto negro, acuérdate del amigo cariñoso y fiel, que siempre siguió de cerca al viento que se dormía en tu velamen. Acuérdate que desde el seno de la tempestad te vió llegar a la playa triunfante, y que entonces, levantando la cabeza, se olvidó del peligro en que le tenía preso la tempestad, para celebrar cantando tu triunfo.

* *

Si mi mundo invisible huye de mí y no puedo alcanzarlo; si mi misterioso navío se estrella contra esa tierra ingrata que tenazmente voy buscando. llora, amigo, por

21 de abril de 1830.

X

Estuat infelíx.

Un día las colinas al monte Atlas, celosas, le dijeron:—«No tienes como nosotras verdegueantes praderas, sitios cubiertos de hierba menuda y fresca, adonde vienen las jóvenes a pasear libremente, a reír y a cantar; a nuestros pies el Océano se estrella murmurando quedamente, y en nuestras alturas la primavera y el rocío hacen que se abran infinidad de flores. Pero en tu montaña gigante sólo se ciernen las águilas: ¿quién, como la rama donde el pájaro hace el nido, doblega tus inmensas espaldas de granito? ¿Por qué se ven en tus negros flancos tan profundos abismos? ¿por qué estallan en ti tantas tempestades? ¿quién colocó tanta nieve en tu cumbre, quién inclina de ese modo tu cima, en la que no sonríe jamás la primavera? ¿Qué sudor es ése que te inunda?»—El Atlas respondió:—«Soy así porque soporto el peso de un mundo.»

tes de tomar la maza con la mano, te sonríes y exclamas: —¿Qué me importa?

XI

DESPRECIO

No contra todos y todos contra mí.
ROMANCE DEL VIEJO ARIAS.

I

¿Quién sabe los pensamientos celosos, los odios que la envidia va acumulando, los resentimientos, las enemistades, las pasiones y las tormentas que rugirán a tu alrededor, joven, que apareces con la frente serena?

* *

Tú lo ignoras; porque mientras que debajo de tus pies abren la boca las serpientes; mientras que esos rivales, que tú creías dignos, van asediándote, o de noche secretamente tienden lazos infames en el camino que tú has de recorrer, distraído, sumido en tus propios pensamientos, mirando estás a otra parte.

* *

O si hasta ti algunas veces llegan sus clamores, si tu cólera, abriendo sus dos alas inflamadas, fulmina contra la multitud que se encarniza contra ti, antes que el volcán encuentre la salida, an-

* *

Inmediatamente se presentan tu imaginación la familia, la niñez, el amor, Dios, la patria y la libertad, el deber de pulsar la lira y de rejuvenecer la escena; Napoleón, ese dios del que tú serás el sacerdote; todos los grandes hombres, a los que sus épocas despreciaron y que constituyen la religión del porvenir.

II

¡Proseguid en vuestra tarea, enemigos de su fama, necia multitud! ¡En torno de su genio zaherid y morded; criticad sin tregua y sin remordimiento; sin descansar, haced rodar vuestro peñasco, envidiosos! El es poeta, canta, sueña y duerme.

* *

Vuestra voz estridente, que vibra como una espada, sólo es una voz más que se confunde con el ruido que él levanta. La gloria es un concierto que despierta mil ecos, coros de demonios, armonías divinas, cánticos angélicos.

* *

El poeta no os conoce. Sabe perfectamente que exigen los días

del verano el agrio chirrido de las cigarras y que las flores han de tener espinas. Esta es una ley de la naturaleza, por lo que no debe aplastarse a las cigarras; el exceso del bien es un mal; la rosa de Bengala no tiene espinas, pero tampoco perfume.

* *

* *

Después de todo, los amigos y los enemigos pasan y se disipan, y la muchedumbre se precipita en la misma tumba. Nada puede deslucir al espíritu que Dios distingue. Tronos, cetros, laureles, templos, carros triunfales, pueden forjar para los reyes coronas de gloria con todo aquello que el genio desdeña en el mundo.

* *

¿Qué le importan, pues, los gritos que hacen enronquecer vuestras gargantas? ¿Qué les aprovecha a las olas echar espuma a la proa de la nave? El poeta no sabe cómo os llamáis, y no se cuida de vosotros, y cuando para derribar el edificio que él ha levantado corre el sudor por vuestra frente, hasta ignora que esa indigna faena os fatiga.

III

Además, cuando él quiera, Zoi- los envidiosos, sabe que puede, con su soplo, apagar el clamor de

vuestras bocas vocingleras y arrebatar todas vuestras voces juntas, como el viento del mar arrastra a donde le place las canciones de los remeros

En vano le rodean vuestras innumerables legiones; sabe que cuando quiera levantarse, cubrirá con su inmensa sombra todas vuestras cabezas; le bastará pronunciar una palabra para extinguir vuestras voces débiles; como una carreta que pasa, no dejará oír el susurro que levantan millares de mosquitos

* *

Cuando él quiera, esas antorchas con que ilumináis vuestros templos, vuestros ídolos, vuestros dioses y vuestro hogar, faros deslumbradores, palidecerán al menor brillo de las chispas que haga saltar de los pies de su corcel.

26 de abril de 1830.

XII

Tú, que durante tanto tiempo has visto brillar a mi lado el día diáfano y puro de la prosperidad; tú, que cuando mi alma vacilaba y como un viajero te preguntaba qué camino había de

seguir, adormecías en tu seno mis ideas tenebrosas, y te limitabas a contestarme: —«Seamos dichosos!» Contempla cómo hoy la sombra invade nuestro celaje, hazte cargo de que la vida es sombría; mira cómo la desgracia va borrando poco a poco el azul radiante de nuestro firmamento, y cómo a nuestra vista se va obscureciendo y tomando los tintes negros del crepúsculo. ¿En el cielo, del que se va apoderando la noche, ves tú brillar en lontananza la lejana estrella, como un ojo luminoso, vivo e inteligente? De todas las verdades que la felicidad no nos deja ver, esa sola se nos aparece; es la primera que nos fascina con su brillante luz. Nuestro cielo, que ya la sombría noche reclama, no tiene bastante claridad para apagar la de esa estrella, y del Sur, del Poniente o del Septentrión, cada sombra que aparece presta a ese astro un rayo. Llegará después la noche, y cuando más densas se hagan las tinieblas, más espléndidas las claridades se ofrecerán a nuestra encantada vista; mejor veremos en la obscuridad chispear todas las verdades juntas, gravitar en torno de un imperioso centro y romper y renovar su coro misterioso. La noche fatal, que la desventura trae, hace ver más claro el destino humano y nos señala en sus dos extremos estas palabras, escritas con caracteres de fuego: —«Alma inmortal! ¡Eternidad de Dios!»

* * *

Porque mientras brilla el día, los rayos ardientes del sol ciegan nuestros ojos y nuestra alma, y tranquilamente dudamos; pero la noche devuelve al cielo sus estrellas, lámparas que Dios suspende de sus etéreas bóvedas. La vista en las profundidades descubre a cada instante mundos nuevos cuya existencia no sospechaba, soles luminosos que en el abismo obscuro de la noche ve brillar.

9 de agosto de 1829.

XIII

Quot libras in duce summo?
JUVENAL.

Es cosa que halaga y que los demás envidian, captarse la pública estimación para toda la vida, ser elegido por un pueblo para vengar su afrenta, dejar huella en la historia, cantar y adquirir envidiable fama. Es cosa que halaga recorrer la tierra usurpada, haciendo vasallos a los reyes, ser Napoleón, ser el Dante; sin duda alguna son felices los héroes y los poetas, los que consiguen que la fuerza los convierta en reyes y los que logran que el espíritu los convierta en dioses. Es cosa que halaga que los con-

quistadores, los legisladores y los profetas brillen en la noche humana como luminosas antorchas, y que de un joven de veinte años se acuerden veinte siglos...
que se espera todas las noches ver una mujer que pasa, besar un guante que se cae, en el que ansiamos agotar la vida en el amor, el poder y la gloria; en el que el joven es puro, digno, sublime y tiene fe en todas las purezas!...

16 de julio de 1830.

* * *

XIV

Oh primavera, gioventú dell'anno!
Oh gioventú, primavera della vita!

Os hablo siempre con placer, cartas de mi juventud, cartas de amor; me exalto con vuestra embriaguez y os leo entusiasmado y puesto de rodillas. Permitidme que durante unos momentos recobre vuestra edad; dejadme que me oculte, ahora que soy ya un hombre cuerdo, para llorar con vosotras.

* * *

¡Tenía entonces diez y ocho años y vivía lleno de ilusiones; cantando, la esperanza me mecía en sueños esplendorosos; lucía para mí un astro; tú eras para mí un Dios, que yo sólo nombraba en secreto! ¡Era yo aquel niño, del que el hombre casi se avergüenza hoy!

* * *

¡Tiempo venturoso de delirios, de alegría y de entusiasmo, en el

En la actualidad sentí, vi y sé. ¿Qué importa si hoy menos ilusiones vienen a abrir mi puerta, que gime al abrirse? Esa edad ardiente, que me pareció sombría al lado de la felicidad a cuya sombra me abrigo, vierte en mí sus rayos ahora.

* * *

¿Qué mal os hice, años juveniles de mi existencia, para que tan pronto huyeseis y os alejaseis de mí, creyendo dejarme contento? ¿Qué mal os causé para que me aparezcáis hoy tan hermosos, hoy que va no puedo gozar de vosotros?

* * *

¡Ayl! ¡cuando, tardíamente, la edad juvenil ha transcurrido, la edad de nuestros amores y de nuestros delirios se nos aparece, estáticos y con lágrimas en los ojos vemos marchitas sus ilusiones y sus quimeras!